

torrecilla por donde sube la escalera adorna el vértice de una gran pared angular en su cima y en la cual no existe ventana alguna. La escalera descende por una puertecita ojival, hasta un terreno enarenado, que separa la casa del muro á que están adosadas las cuadras. Esta torrecilla está repetida en la parte del jardín por otra pentagonal rematada en medio punto y que soporta un campanario, en lugar de rematar, como su hermana, en forma de garita. He aquí cómo sabían variar su simetría aquellos graciosos arquitectos. A la altura del primer piso únicamente, estas dos torrecillas están unidas por una galería de piedra que es sostenida por dos proas con rostro humano. Esta galería exterior está adornada de una balaustrada trabajada con una elegancia y con una finura maravillosa. Además, del vértice del ángulo que forma la pared en su cima, bajo el cual sólo existe un travesaño oblongo, baja un adorno de piedra representando un dosel semejante á los que coronan las estatuas de los santos en los pórticos de las iglesias. Las dos torrecillas están perforadas por una bonita puerta de arco agudo que da á esta terraza. Tal es el partido que el arquitecto del siglo XIII sacaba de la pared desnuda y fría que presenta hoy la parte lateral de una casa. ¿No veis á una mujer paseándose por la mañana por esta galería y contemplando por encima de Gueranda el sol que ilumina las arenas y que hace brillar la superficie del Océano? ¿No admiráis esta pared terminada en punta y adornada en sus dos vértices de dos torrecillas casi acanaladas, una de las cuales termina en bóveda redonda como el nido de una golondrina, ofreciendo la otra la hermosa vista de su puertecita de bóveda gótica adornada con una mano que sostiene una espada? La otra pared angular del palacio de Guaisnic está adosada á la casa vecina. La armonía que tan cuidadosamente buscaban los maestros de aquel tiempo está conservada en la fachada del patio, gracias á una torrecilla semejante á aquella por donde asciende la escalera y que sirve de comunicación entre el comedor y la cocina; pero dicha torrecilla se detiene en el primer piso y su remate consiste en una pequeña bóveda, bajo la cual se eleva una estatua de san Calixto.

El huerto es suntuoso para estar comprendido en tan viejo recinto. Posee una extensión de una media fanega, sus muros están provistos de espaldares y está dividido en cuadrados de legumbres que cultiva un criado llamado Gasselín, el

cual cuida también de los caballos. Al extremo de esta huerta existe un cenador, bajo el cual hay un banco. En el centro se eleva un cuadrante solar. Los paseos están enarenados. La fachada que da al jardín no posee torrecilla que armonice con la que se ve en la fachada que termina en punta; pero este defecto está subsanado mediante una columnita en espiral que va de arriba abajo y que debió soportar en otro tiempo la bandera de la familia, pues termina en una especie de grueso tejuelo de hierro oxidado, probando este detalle, que está en armonía con los vestigios de su escultura, que el edificio fué construido por un arquitecto veneciano. Aquella asta elegante es una especie de firma que descubre Venecia, la caballería y la finura del siglo XIII. Si quedasen dudas acerca de este punto, la naturaleza de los adornos las disiparía. Los tréboles del palacio de Guaisnic tienen cuatro hojas en lugar de tres. Esta diferencia indica la escuela veneciana adulterada por sus tratos con el Oriente, donde los arquitectos medio moriscos y poco celosos del gran pensamiento católico, atribúan cuatro hojas al trébol, mientras que los arquitectos cristianos permanecían fieles á la Trinidad. Desde este punto de vista, la fantasía veneciana fué herética. Si este edificio sorprende vuestra imaginación, sin duda preguntaréis por qué no se renuevan en nuestra época estos milagros del arte. Hoy, los palacios más hermosos se venden, son derribados y tienen que hacer plaza á las calles. Nadie sabe si su generación conservará el hogar patrimonial, por el cual pasan todos como por una posada; mientras que antaño, cuando se construía una casa, se trabajaba, ó al menos se creía trabajar, para una familia eterna. De ahí la belleza de los palacios. La fe en sí hacía tantos prodigios como la fe en Dios. Respecto á la disposición y al mobiliario de los pisos superiores, sólo pueden presumirse por la descripción de este piso bajo y por el carácter y las costumbres de la familia; pues de cincuenta años á esta parte, los Guaisnic no han recibido á nadie más que en las dos habitaciones que respiraban el espíritu, la gracia y la sencillez de la rancia y noble Bretaña. Sin la topografía y la descripción de la ciudad, y sin la pintura minuciosa de este palacio, acaso no hubieran sido comprendidas las sorprendentes figuras de esta familia. Asimismo, entiendo yo que los marcos debían ser descritos antes que los retratos. Todo el mundo pensará indudable-

mente que las cosas han dominado á los seres y que existen monumentos, cuya influencia sobre las personas que viven á su alrededor es visible. A la sombra de una catedral como la de Bourges es muy difícil dejar de ser religioso; pues cuando al alma se le recuerda continuamente su destino mediante imágenes, es menos fácil que lo olvide. Tal era la opinión de nuestros antepasados, opinión que ha sido abandonada por una generación que no tiene signos ni distinciones y cuyas costumbres cambian cada diez años. So pena de ser cuanto acabo de escribir una mentira, ¿no os esperáis encontrar al barón de Guaisnic con una espada en la mano?

En 1836, durante los primeros días del mes de agosto, época en que comienza esta historia, la familia Guenic se componía aún del señor y de la señora de Guenic, de la señorita del mismo nombre, hermana mayor del barón, y de un hijo único de veintiún años de edad, llamado Godoberto Calixto Luis, según antigua costumbre de familia. El padre se llamaba Godoberto Calixto Carlos. Sólo variaban, pues, el último nombre, ya que san Godoberto y san Calixto debían ser siempre protectores de los Guenic. El barón de Guenic había abandonado Gueranda tan pronto como la Venda y Bretaña se insurreccionaron, y había hecho la guerra con Charette, Catelineau, La Rochejaquelein, Elbée, Bonchamps y el príncipe de Loudón. Llevado de un rasgo de prudencia, único en los anales revolucionarios, el barón, antes de partir, había vendido todos sus bienes á su hermana mayor, la señorita de Guenic. Después de la muerte de todos los héroes del Oeste, el barón, que sólo por milagro se libró de acabar como sus compañeros, no quiso someterse á Napoleón, y peleó hasta el año 1802, en el cual, después de haber estado á punto de dejarse coger, volvió á Gueranda y de Gueranda al Croisic, desde donde se trasladó á Irlanda, fiel siempre al antiguo odio que los bretones sienten por Inglaterra. La gente de Gueranda fingió que ignoraba la existencia del barón, y en veinte años no hubo quien cometiese la más mínima indiscreción. La señorita de Guenic percibía las rentas y se las enviaba á su hermano por medio de pescadores. El señor de Guenic volvió á Gueranda en 1813 con la misma sencillez que si hubiera vuelto de pasar una temporada en Nantes. Durante su permanencia en Dublín, el anciano bretón, á pesar de sus cincuenta años, se había enamorado de una encantadora irlandesa, hija de una de las

casas más nobles y más pobres de este desgraciado reino. Miss Fanny O'Brien tenía á la sazón veintiún años. El barón de Guenic se puso en viaje para buscar los papeles necesarios para su casamiento, fué á casarse, y volvió diez meses después, á principios de 1814, con su mujer, que le dió á Calixto el día mismo de la entrada de Luis XVIII en Calais, circunstancia ésta que explica su nombre de Luis. El anciano y leal bretón contaba en este momento setenta y tres años; pero la guerra de partidario hecha á la república, sus sufrimientos durante los cinco años pasados en continuas revueltas y su vida en Dublín le habían envejecido mucho y parecía que tenía un siglo. Así es que en ninguna época hubo ningún Guenic que estuviese más en armonía que él con la vetustez de aquel edificio, construído en la época en que había una corte en Gueranda.

El señor de Guenic era un anciano de elevada estatura, derecho, seco y delgado. Su rostro oval estaba arrugado por millares de pliegues que formaban arqueadas franjas encima de los pómulos y de las cejas, y que daban á su cara cierta semejanza con la de los ancianos que tanto acariciaron los pinceles de Van Ostade, de Rembrandt, de Mieris y de Gerardo Dow, obras de arte que exigen un lente para ser admiradas. Su fisonomía parecía estar sumida bajo sus numerosos surcos, originados por el género de vida que había hecho al aire libre y por su costumbre de observar el campo al sol lo mismo al amanecer que al oscurecer. Esto no obstante, para el observador quedaban aún de este rostro las formas imperecederas del rostro humano, que dicen algo al alma cuando los ojos no ven en él más que una cabeza muerta. Los firmes contornos del perfil, el dibujo de la frente, la seriedad de las líneas, la rigidez de la nariz, el aspecto de su contextura, que sólo las heridas podían alterar, anunciaban en aquel hombre una intrepidez incalculable, una fe sin límites, una obediencia ciega, una fidelidad incondicional y un amor constante. El granito bretón parecía haberse hecho hombre en aquel noble. El barón no tenía dientes, y sus labios, rojos en otro tiempo, pero violáceos á la sazón, no estaban sostenidos más que por sus duras encías, con las cuales comía el pan que su mujer tenía el cuidado de ablandar envolviéndolo con tiempo en una servilleta húmeda, y penetraban en su boca dibujando todavía un gesto arrogante y amenazador. La barba quería unirse con la nariz;

pero en el carácter de ésta, un tanto abultada por el medio, se veían los signos de su energía y de su resistencia bretona. La piel, salpicada de manchas rojas que se veían á través de las arrugas, anunciaba un temperamento sanguíneo y violento hecho para las fatigas, que, sin duda, habían preservado al barón de alguna apoplejía. Su cabeza estaba coronada por una cabellera blanca como la plata, que caía formando rizos sobre sus hombros. Su cara, apagada á la sazón en parte, vivía gracias al resplandor de dos ojos negros que brillaban en el fondo de sus oscuras órbitas y despedían los últimos rayos de una alma generosa y leal. Las cejas y las pestañas se habían caído. La piel, que se había vuelto sumamente espesa, no podía ser desarraigada, y la dificultad de afeitarse obligaba al anciano á dejarse la barba. En aquel viejo león de Bretaña, de anchas espaldas y de nervioso pecho, un pintor hubiese admirado ante todo sus admirables manos de soldado, manos que debieron ser como las de Guesclín; manos anchas, gruesas y velludas; manos que habían empuñado el sable para no dejarlo, como hizo Juana de Arco, hasta el día en que el estandarte real flotase en la catedral de Reims; manos que habían sido ensangrentadas frecuentemente por los espinos de los zarzales en Bocage, que habían manejado el remo en los Marais para ir á sorprender al enemigo, ó en plena mar para favorecer la llegada de los Jorges; manos del partidario, del artillero, del sencillo soldado, del jefe; manos que, si bien estaban blancas en la actualidad, á pesar de hallarse desterrados los Borbones de la rama mayor, mirándolas bien se hubiera podido ver en ellas recientes marcas que os hubiesen dicho que el barón se había unido poco antes á la SEÑORA en la Venda. Hoy, este hecho puede confesarse. Aquellas manos eran un animado comentario de la hermosa divisa que nunca había mentido ningún Guenic: *FAC!* La frente llamaba la atención por sus tintes dorados en las sienas, que contrastaban con los tonos morenos de su frentecilla, que la caída de los cabellos había agrandado bastante para aumentar la majestad de aquella hermosa ruina. Aquella fisonomía, que era, por lo demás, un tanto material y que no podía ser de otro modo, ofrecía, como todas las caras bretonas agrupadas en torno del barón, apariencias salvajes, una calma brutal que semejaba á la impassibilidad de los hurones, y un no sé qué estúpido, debido, sin duda, al reposo absoluto que sigue á las fatigas excesivas y que deja entonces

aparecer al alma sola. Pero, examinando detenidamente á aquel hermoso anciano, se adivinaban los misterios de aquella oposición real entre él y el espíritu de su siglo. Tenía religiones y sentimientos innatos, por decirlo así, y que le dispensaban de meditar. Había aprendido sus deberes al mismo tiempo que á vivir, y las instituciones y la religión pensaban por él. El y los suyos debían, pues, reservar su espíritu para obrar sin gastarlo en ninguna de las cosas que él juzgaba inútiles, pero de las que los demás se ocupaban. Al igual que su espada de la vaina, su pensamiento salía de su corazón resplandeciente de candor como lo estaba también en su escudo la mano con el confalón de armiño. Una vez adivinado este secreto, todo lo demás se explicaba. Se comprendía la profundidad de las resoluciones debidas á pensamientos claros, distintos, francos é inmaculados como el armiño. Se comprendía aquella venta hecha á su hermana antes de la guerra y que respondía á todo, á la muerte, á la confiscación y al destierro. La belleza del carácter de los dos ancianos, pues la hermana sólo vivía por y para el hermano, no puede ser comprendida siquiera en toda su extensión á causa de las costumbres egoístas que engendran la incertidumbre y la inconstancia de nuestra época. Un arcángel, encargado de leer en sus corazones, no hubiera podido descubrir en ellos ni un solo pensamiento manchado de personalismos. En 1814, cuando el cura de Gueranda indicó al barón de Guenic que fuese á París á reclamar allí la recompensa que merecían sus servicios, la solterona, tan celosa de su casa, exclamó:

—¡Quite usted allá! ¿qué necesidad tiene mi hermano de ir á tender la mano como un mendigo?

—Creerían que he servido al rey por interés—añadió el anciano.—Por otra parte, á él es á quien le toca acordarse. Por más que bastante tiene en qué pensar ese pobre rey para contentar á todos los que le molestan. Seguramente que aunque hiciese un reparto de Francia, todavía quedarían descontentos.

Este leal servidor, que tanto se interesó por Luis XVIII, obtuvo el grado de coronel, la cruz de San Luis y un retiro de dos mil francos.

—¡El rey se ha acordado!—dijo al recibir las credenciales.

Nadie dispuso su error; pero esto fué obra del duque de Feltre que, examinando los estados de los ejércitos vendeanos, encontró el nombre de Guenic en medio de algunos

otros nombres bretones terminados en *ic*. Consecuencia de esto y como para dar las gracias al rey de Francia, fué que el barón sostuvo en 1815 un sitio en Gueranda contra los batallones del general Travot, se negó siempre á rendir la fortaleza, y, cuando fué preciso evacuarla, se fué al campo con una banda de chuanes que permanecieron armados hasta la segunda vuelta de los Borbones. Gueranda conserva aún el recuerdo de este último sitio. Si los antiguos bandos bretones hubiesen llegado, la guerra originada por aquella resistencia heroica hubiese abrazado toda la Vendea. Hemos de confesar que el barón de Guenic era completamente ignorante, pero ignorante como un aldeano: sabía leer, escribir y contar un poco; conocía el arte militar y la heráldica; pero, aparte de su libro de oraciones, no había leído tres tomos en su vida. Su traje, que no podemos dejar de describir, era invariable, y consistía en gruesos zapatos, medias de fieltro, calzón de terciopelo verde, chaleco de paño y levita de cuyo pecho pendía una cruz de San Luis. Su rostro, atacado hacía ya un año de un continuo sueño precursor de la muerte y que parecía prepararlo para el descanso eterno, respiraba una admirable serenidad. Estas constantes somnolencias, más frecuentes de día en día, no inquietaban á su mujer, ni á su hermana, ciega, ni á sus amigos, cuyos conocimientos médicos eran escasos. Para ellos, estas sublimes pausas de un alma sin reproche, pero fatigada, se explicaban naturalmente, y todo lo encerraban ellos en estas palabras: El barón había cumplido con su deber.

En este palacio, lo que despertaba más interés era el porvenir de la rama destronada. El porvenir de los Borbones desterrados y de la religión católica y la influencia de las novedades políticas en Bretaña ocupaban exclusivamente á la familia del barón. En aquella casa el único interés que se mezclaba á estos intereses se originaba del acendrado cariño que todos tenían al hijo único, á Calixto, al heredero, á la sola esperanza del gran nombre de los Guenic. El viejo vendeano, el viejo chuan, había tenido la dicha, algunos años antes, de rejuvenecer para poder acostumbrar y avezar á su hijo á los ejercicios violentos que convienen á un hidalgo llamado de un momento á otro á guerrear. Tan pronto como Calixto tuvo diez y seis años, su padre lo acompañó á los pantanos y á los bosques, enseñándole con los placeres de la caza los rudimentos de la guerra, predicándole con el ejem-

plo, mostrándose infatigable en la carrera, inmóvil en la silla y certero en los golpes, fuera cual fuese la pieza, á la carrera ó al vuelo. Intrépido en franquear los obstáculos, invitaba á su hijo á buscar el peligro como si tuviera diez vástagos que ofrecerle. Asimismo, cuando la duquesa de Berry entró en Francia para conquistar el reino, el padre llevó consigo al hijo, á fin de hacerle practicar la divisa de sus armas. El barón partió durante la noche sin prevenir á su mujer, que acaso le hubiese enternecido, y condujo á su hijo único al campo de batalla, como si fuese á una fiesta, seguido de Gasselín, su único vasallo, que no se mostró menos gozoso. Los tres hombres de la familia estuvieron ausentes durante tres meses, sin dar noticias suyas á la baronesa, que no leía nunca el *Cotidiano* sin temblar á cada línea, ni á su anciana hermana, heroicamente rígida y entera y cuya frente no se inmutaba para nada mientras escuchaba la lectura del periódico. De modo, que los tres fusiles colgados en el salón, hacía muy poco que habían prestado servicio. El barón, que juzgó inútil este levantamiento de armas, había dejado el campo de batalla antes del asunto de la Penissiere, y, á no haber sido por esta circunstancia, acaso la casa Guenic se hubiese extinguido allí.

Cuando, en medio de horrible noche, el padre, el hijo y el criado llegaron á su casa después de haberse despedido de la SEÑORA, y sorprendieron á sus amigos, á la baronesa y á la anciana señorita de Guenic, que reconoció, gracias á ese sentido especial de que están dotados todos los ciegos, el paso de los tres hombres en la callejuela, el barón contempló el círculo que formaban sus amigos en torno de la mesa iluminada por aquel antiguo quinqué, y dijo con trémula voz, mientras que Gasselín colocaba los fusiles y los sables en su puesto, esta sencilla frase feudal:

—No todos los barones han cumplido con su deber.

Y después de haber abrazado á su mujer y á su hermana, se sentó en su antiguo sofá y dió orden de que hiciesen cena para su hijo, para Gasselín y para él. Gasselín, que se había colocado siempre delante de Calixto en la batalla, había recibido en el hombro un sablazo, cosa tan sencilla, que las mujeres ni siquiera se tomaron el trabajo de darle las gracias. Ni el barón ni su familia profirieron injurias ni maldiciones contra los vencedores. Este silencio es uno de los rasgos característicos del temperamento bretón. En cuarenta años

no hubo nunca nadie que sorprendiese una palabra de desprecio en los labios del barón contra sus adversarios. Ellos sabrían lo que hacían; á él le bastaba con haber cumplido con su deber. Este profundo silencio es también un indicio de las voluntades de hierro. Este último esfuerzo, estos últimos destellos de una energía que agonizaba, habían sido causa del estado de debilidad en que se encontraba á la sazón el barón. Aquel nuevo destierro de los Borbones, tan milagrosamente destronados como milagrosamente restablecidos, le causaba una amarga melancolía.

A eso de las seis de la tarde, momento en que empieza esta historia, el barón, que, según su rancia costumbre, había terminado de comer á las cuatro, acababa de dormirse oyendo leer el *Cotidiano*. Su cabeza se había reclinado sobre el respaldo de su sofá, situado en el rincón de la chimenea de la parte del jardín.

Al lado de este nudoso tronco del árbol antiguo de la casa y ante la chimenea, la baronesa, sentada en una silla vieja, ofrecía el tipo de esas adorables criaturas que no existen más que en Inglaterra, en Escocia ó en Irlanda. Allí únicamente nacen esas jóvenes blancas como la leche y de dorada cabellera, cuyos rizos parecen retorcidos por mano de los ángeles, ya que la luz del cielo parece fluir de sus espirales. Fanny O'Brien era una de esas sílfides de inagotable ternura, invencible en la desgracia, grata como la música de su voz, pura como el azul de sus ojos y dotada de esa belleza fina, elegante y linda y de esa carne sedosa y suave, que ni el pincel ni la palabra pueden pintar. Hermosa aún á los cuarenta y dos años, muchos hombres se hubiesen considerado felices casándose con ella, al ver los esplendores de aquel agosto lleno de flores y de frutos, y refrescado por celestiales rocíos. La baronesa sostenía el periódico en su mano llena de hoyuelos, de arqueados dedos y de uñas cortadas en forma de cuadrado, como las de las estatuas antiguas. Medio tendida, sin enfado ni afectación, sobre su silla, y con los pies hacia adelante para calentarlos, llevaba una bata de terciopelo negro, pues el viento había refrescado hacía algunos días. Su corsé permitía apreciar perfectamente unas espaldas de magníficos contornos y un rico pecho que el amantamiento de un hijo único no había logrado deformar. Según la moda inglesa, sus cabellos estaban peinados siguiendo lo largo de sus me-

jillas y recogidos sencillamente encima de la cabeza por medio de una peineta de caucho, y, de este modo, su cabellera, en lugar de tener un color indeciso, brillaba cual filigrana de oro bruñido. La baronesa se hacía además trenzar los mechones que brotaban de su nuca, y que son un signo de raza, y aquella linda trenza, perdida en medio de su abundante cabellera, permitía á la mirada seguir con placer la ondulante línea que unía su cuello á sus hermosos hombros. Este pequeño detalle probaba el minucioso cuidado que ella empleaba siempre en su tocado. ¡Qué encantadora y deliciosa atención! La esposa procuraba, sin duda, reanimar las miradas de aquel anciano. Cuando veáis que una mujer despliega en su vida interior la coquetería que las demás emplean sólo movidas por otros sentimientos, no dudéis ni un momento que es tan noble madre como noble esposa, que es la alegría y la flor del hogar, que ha comprendido sus obligaciones de mujer, que posee en su alma y en sus sentimientos la elegancia de su exterior, que obra bien en secreto, que sabe adorar sin cálculo y que ama á sus semejantes como á Dios, es decir, por sí mismos. Así es que parecía que la Virgen del cielo, bajo cuya protección vivía la baronesa, hubiese recompensado su casta juventud y su vida santa al lado de aquel noble anciano, rodeándola de una especie de auréola que la preservaba de los estragos del tiempo. Platón hubiese celebrado, sin duda, las alteraciones de su belleza como otras tantas nuevas gracias. Su tez, tan blanca antes, había adquirido esos tonos nacarados que tanto gustan á los pintores. Su frente, espaciosa y de buen corte, recibía con amor la luz, que se descomponía en ella formando satinados reflejos. Sus pupilas, de azul turquesa, brillaban bajo sus pestañas pálidas y aterciopeladas, con extraordinaria dulzura. Sus suaves párpados y sus tiernas sienas invitaban á no sé qué muda melancolía. El cerco de sus ojos era por debajo de un blanco pálido, y estaba sembrado, lo mismo que el nacimiento de la nariz, de azuladas fibrillas. Aquella nariz, delgada y de contorno aguileño, tenía algo de regio que recordaba el origen de esta noble joven. Su boca, pura y bien formada, estaba embellecida por una sonrisa natural que denotaba inagotable amenidad. Sus dientes eran blancos y pequeños. La baronesa había engordado un poco, pero esta gordura no había perjudicado en nada á sus delicadas caderas y á su esbelto talle. El otoño de su

belleza ofrecía, pues, algunas animadas flores de primavera y las ardientes riquezas del verano. Sus brazos, perfectamente modelados, y su piel tersa y lustrosa, eran finos y delicados, y sus contornos habían adquirido toda su plenitud. En una palabra, su fisonomía franca y serena y un tanto rosada, y la pureza de sus ojos azules, que se hubiesen sentido heridos ante una mirada demasiado viva, denotaban que aquella mujer poseía la inalterable dulzura y la infinita ternura de los ángeles.

En el otro rincón de la chimenea, y sentada en un sofá, la anciana hermana octogenaria, semejante en todo, salvo en el traje, á su hermano, escuchaba la lectura del periódico haciendo calceta, trabajo para el cual no se necesita vista. Dicha anciana tenía los ojos velados por una membrana, y se negaba obstinadamente á sufrir la operación, á pesar de las instancias de su cuñada. El secreto de su obstinación lo sabía ella sola: la ciega lo atribuía á falta de valor, pero lo cierto era que no quería que se gastasen veinticinco luises por ella, privando á la casa de esta suma. ¡Y, sin embargo, bien hubiese deseado ver á su hermano! Estos dos hermanos hacían resaltar extraordinariamente la belleza de la baronesa. ¿Qué mujer no hubiese parecido joven y bonita entre el señor de Guenic y su hermana? La señorita Ceferina, privada de la vista, ignoraba los cambios que sus ochenta años habían operado en su fisonomía. Su cara pálida y enjuta, á la que la inmovilidad de unos ojos blancos y sin mirada daban cierta semejanza con la de una muerta, á la que tres ó cuatro dientes salientes hacían casi amenazadora, y cuyas profundas órbitas estaban circundadas de tintes rojizos, y en la que algunos signos de virilidad brotaban por la barba y por los alrededores de la boca; esta fría, pero tranquila cara, repito, estaba rodeada de una papalina de indiana obscura punteada como una colcha, ribeteada con guarnición de percal y atada debajo de la barba con cordones un tanto rojos. Llevaba además un refajo de burdo paño, sobre unas enaguas de piqué, verdadero colchón que contenía dobles luises, y faltriqueras unidas á un cinturón que ella se quitaba todas las noches y se ponía todas las mañanas como si fuese una prenda. Su corpiño estaba oculto bajo el jubón popular de Bretaña, de paño semejante al del refajo y adornado de un cuello de mil pliegues, cuyo lavado era el objeto de la disputa única que tenía con su cuñada,

pues no quería cambiárselo más que cada ocho días. De las gruesas mangas algodónadas de este jubón salían dos brazos secos, pero nerviosos, al extremo de los cuales se agitaban sendas manos, cuyo color un poco rojo contribuía á que los brazos pareciesen blancos como el álamo. Sus manos, encorvadas y ganchudas á consecuencia de la contracción que les había hecho adquirir el continuo hábito de hacer calceta, parecían una máquina incesante de esta industria. Lo raro, lo fenomenal, hubiese sido verlas quietas. De tiempo en tiempo, la señorita de Guenic tomaba una larga aguja de hacer media, que estaba hincada en el cuello de su jubón, y la pasaba entre la papalina y sus cabellos, escarbando su blanca cabellera. El que no la hubiese conocido se hubiera reído al ver la naturalidad con que volvía á clavar la aguja en el cuello sin el menor temor á herirse. La soltera se mantenía aún derecha como un huso, y su garbo de dueña podía pasar por una de esas coqueterías de ancianos, que prueban que el orgullo es una pasión necesaria para la vida. Su sonrisa era alegre: se conocía que también ella había cumplido con su deber. En el momento en que Fanny vió al barón dormido, cesó al punto de leer. Un rayo de sol iba de una ventana á otra, y, formando una banda de oro, dividía en dos partes la atmósfera de aquella sala antigua, haciendo resplandecer sus muebles casi negros. La luz iluminaba las esculturas del techo, matizaba los cofres antiguos, cubría con luminosa sábana la mesa de roble y alegraba aquel interior sombrío y silencioso, del mismo modo que la voz de Fanny llenaba el alma de la anciana octogenaria con una música tan hermosa y tan alegre como aquel rayo. Los reflejos del sol no tardaron en adquirir esos colores rojizos que, por insensibles gradaciones, llegan hasta los tonos melancólicos del crepúsculo. La baronesa quedó sumida en grave meditación, en uno de esos silencios absolutos que su cuñada observaba hacia ya quince días, procurando explicárselos sin dirigir pregunta alguna á la baronesa, y estudiando las causas de aquella preocupación á la manera de los ciegos que las leen como un libro negro cuyas letras son blancas, y en el alma de los cuales resuenan todos los sonidos como en un eco adivinatorio. La anciana, para la que la noche era continua, seguía haciendo media, y el silencio llegó á ser tan profundo, que se pudo oír el ruido de las agujas de acero.